

vínculos que las unen. Solamente cuando esté terminado este largo trabajo se podrá hablar de organizar el género humano. La época histórica que nos ocupa está todavía muy léjos de este último término de nuestros destinos; las relaciones de los pueblos son hostiles, egoistas, y sus guerras son luchas brutales, interesadas, en las cuales no preside ninguna gran idea, ni siquiera una gran ambicion. Afortunadamente hay un Dios que gobierna las cosas humanas, y que las lleva á buen fin, á través de nuestro egoismo y de nuestros extravíos. La historia es la revelacion de los designios de la Providencia, y es tambien un testimonio de la libre actividad del hombre. Lo que prueba que los pueblos son libres en que no siempre quieren lo que Dios quiere; en cuanto al gobierno providencial, se revela con tanta evidencia que es preciso ser ciego para negarlo; nunca es más manifiesto que cuando los hombres se ponen en oposicion con los designios de Dios. Bendigamos la mano de Aquél que nos conduce al término de nuestros destinos, sirviéndose hasta de nuestros errores y pasiones.

## CAPITULO II.

CARLOS QUINTO.

### § I.—La monarquía universal.

#### I.

¿Ha aspirado Cárlos V á la monarquía universal? ¿Es una de esas grandes figuras que merecen un lugar al lado de los Alejandro y de los Césares? ¿Es uno de esos elegidos de Dios á quienes la humanidad saluda con el nombre de héroes y á quienes perdona hasta el mal que hacen en vista de la elevada idea que les inspira? La respuesta de la posteridad á estas cuestiones es bien diferente de la opinion de los contemporáneos. Oigamos primeramente los testimonios de los siglos sobre los designios del gran emperador; de ellos resultará la apreciacion del hombre, porque los grandes designios es lo que constituye los grandes hombres.

El acaso ó la Providencia parecia llamar á la casa de Austria á la monarquía: «Cárlos V, dice *Montesquieu*, recogió la sucesion de Borgoña, de Castilla y de Aragon, llegó al imperio, y para procurarle un nuevo género de grandeza, se extendió el universo, y se vió aparecer un nuevo mundo bajo su obediencia.» Esta prodigiosa fortuna admiró á sus contemporáneos. Por más que jamas se hubiese realizado, la monarquía universal se consideraba siempre como un ideal; la Edad Media casi le habia dado la importancia de un dogma; la unidad de la fe cristiana, destinada á difundirse por el mundo entero, parecia exigir la unidad política de la cristiandad. Los espíritus, siempre crédulos, se alimentaban de

buen grado con presagios y predicciones. Hubo, pues, profecías que anunciaron «que Carlos V, después de haber sometido la España y las Galias, vencería á los Turcos, libertaría el sepulcro de Cristo y aseguraría el imperio del cristianismo» (1). Los poetas que, dice *Mezeray* (2), no mienten menos atrevidamente que los adivinos, prometieron igualmente á Carlos V el imperio del mundo. Ariosto ve la mano de Dios en el descubrimiento de América. «Ha reservado al emperador una gloria más grande que la de Augusto, sometiendo á sus leyes una tierra desconocida de los antiguos. ¿No es esta una señal de que ha llegado el tiempo en que no formen los pueblos más que un rebaño con un solo pastor?» (3).

Los poetas no siempre son una raza de mentirosos; cuando son dignos de su misión, son más bien los profetas del porvenir. Pero el poeta italiano que cantó la gloria de Carlos V no tenía esta elevada ambición; Ariosto era más bien el cantor del pasado, y aún no reprodujo en sus encantadores versos más que la parte fabulosa de la tradición caballeresca y sin tomarla en serio. Dejemos la poesía y las profecías; estamos al principio de una era política; oigamos á los hombres que lucharon con Carlos V; ¿qué le echaban en cara para levantar la cristiandad contra él? Francisco I acusó incesantemente á su poderoso rival de aspirar á la monarquía. «El emperador, dice, cree que tal es su destino; quiere quitar la libertad á todos, lo mismo á sus amigos que á sus enemigos, y reinar sólo en medio de la disolución universal» (4). No era, como pudiera creerse, la pasión de la rivalidad la que hacía hablar así á Francisco I; en tiempos de su hijo se ven las mismas acusaciones, no en documentos públicos, sino en correspondencias secretas. Enrique II escribió á su embajador en Constantinopla: «La extremada ambición que le (Carlos V) posee, le promete lo imposible, y no tendría bastante con la monarquía universal

(1) BAYLE, *Diccionario histórico*, t. II, en la palabra *Carlos V*, nota c c, refiere estas profecías.

(2) MEZERAY, *Compendio histórico de la historia de Francia*, t. IV, p. 591.

(3) ARIOSTO, *Orlando furioso*, XV.

(4) Respuesta de Francisco I á las acusaciones de Carlos V dirigida á Pablo III. (LE PLAT, *Monumenta concilii Tridentini*, t. III, p. 190.)

aunque llegase á conseguirla.» El condestable de Francia escribió al cardenal de Tournon: «Todo para él es buena guerra, con tal que consiga lo que desea, que es la monarquía, que siempre se ha prometido y persuadido que alcanzaria» (1). Tales eran las convicciones y los temores de todos los hombres de Estado. En 1539 el embajador de Francia en Roma escribió: «El papa y toda la corte romana tienen gran sospecha de que el emperador quiera aspirar á la monarquía» (2). El único reformador de espíritu político pensaba sobre esto lo mismo que el Soberano Pontífice. Zuinglio no se limitó á declamar vagamente contra la ambición de Carlos V; concibió el atrevido proyecto de detenerlo, armando contra él á los Estados amenazados en su libertad y en su existencia. Zuinglio trató con los príncipes protestantes más aventureros; el landgrave de Hesse debía excitar á los reyes, y el reformador se encargaba de hacerlo á las repúblicas. El pastor suizo comprendía que si sucumbía la libertad de las naciones, otro tanto sucedería á la Reforma (3). Zuinglio se puso en relación con los Venecianos, los hombres políticos por excelencia del siglo XVI. Á juzgar por las relaciones de sus embajadores, no se ve que les haya inquietado el temor de una monarquía universal; pero lo que prueba que estos proyectos no eran completamente quiméricos es que en los consejos del emperador un partido le inducía á aminorar el poder rival de la Francia para alcanzar la monarquía del mundo (4).

Los historiadores contemporáneos abundan en estos sentimientos. *Du Bellay* pinta la devoradora ambición de Carlos V: «Desea no solamente la humillación de los Turcos, sino también de todos los príncipes de cualquier clase que sean, con tal que de ello resulte únicamente su grandeza» (5). Si el gran emperador, dice *Brantôme*, hubiese tenido la vida por cien años, sanos y útiles, hubiese sido el verdadero azote del mundo, según era de ambicioso. Había

(1) RIBIER, *Cartas y Memorias de Estado*, t. II, p. 47 y 340.

(2) ID., *ibid.*, t. I, p. 451.

(3) MERLE D'AUBIGNÉ, *Historia de la Reforma*, t. IV, p. 576 y sig.

(4) CONTARINI, 1525, en ALBERI, *Relazioni degli ambasciatori veneti*, primera serie, t. II, p. 58.

(5) DU BELLAY, *Memorias*, en PETITOT, Colección, primera serie, t. XIX p. 345.

tomado la divisa de las dos columnas con estas palabras: *plus ultra*, queriendo en esto sobrepujar y vencer á Hércules.... Sin nuestro gran rey Francisco, hubiese logrado fácilmente su designio. Y cuantos pequeños potentados hubieran querido oponerse, otros tantos hubiera derribado como naipes y su poder no hubiera tenido más resultado que el de los pequeños muñecos de Rabelais, que no hacen más que apedrear las coles y el perejil de un jardín» (1).

## II.

Las apariencias engañan ordinariamente á los contemporáneos; toman fácilmente sus temores ó sus esperanzas por realidad. Para la posteridad hay otro escollo, del que debe guardarse en los juicios que forma sobre el pasado; al ver desvanecerse como un sueño las previsiones de los hombres, está siempre dispuesta á creer que nunca tuvieron fundamento alguno. ¿No debe atribuirse á esta ilusión histórica la desdeñosa apreciación que el siglo XVIII ha formado de los proyectos de Carlos V? Algunas generaciones más tarde la descendencia del gran emperador se extinguió por aniquilamiento, y la decrepitud de la familia real era como la imagen del pueblo que regía. Cuando la España decaía con sus señores, ¿podía creerse que hubiese amenazado nunca seriamente la libertad de Europa? El grave Robertson declara que la opinión de que Carlos V había formado el proyecto de una monarquía universal no tiene fundamento (2). Voltaire no ve más que una quimera en esta idea de monarquía; la conducta misma del emperador, dice, le da un continuo mentís; en lugar de aprovecharse de la toma de Roma y de la cautividad del papa para conquistar la Italia, le da la libertad por una pequeña cantidad de dinero, del mismo modo que devolvió la libertad á los hijos de Francia por algunos millones de escudos (3). En realidad, los escritores del último siglo

(1) BRANTÔME, *Vidas de los grandes capitanes*: Carlos V.

(2) ROBERTSON, *Historia de Carlos V*, lib. XII.

(3) VOLTAIRE, *Ensayo sobre las costumbres*, c. 74.

tienen razón; Carlos V no era de la raza de los Alejandro y de los Césares, y la España no tenía talla para reproducir el papel de Roma. ¿Quiere esto decir que los contemporáneos se hayan equivocado al censurarle una ambición peligrosa para la independencia de la Europa? La monarquía universal no se reproducirá ya bajo las formas del poder romano; pero podrá suceder que algún príncipe, sin dominar completamente al mundo, adquiera un poder tal, que se vea comprometida la libertad de las demás naciones. Si la voluntad de un Estado triunfase siempre, sus deseos llegarían á ser leyes, y la independencia de los pueblos no sería más que una vana palabra. Hé aquí el peligro que más de una vez ha amenazado á la Europa, y que puede amenazarle todavía. ¿Tenía Carlos V la ambición de dar esta preponderancia á la España?

Cada siglo rehace la historia del pasado. La reacción hácia el catolicismo y la Edad Media, que ha estallado tras de las revoluciones de nuestros tiempos, ha dado un nuevo brillo á Carlos V, el último príncipe que representa la unidad cristiana. Confundiendo su héroe con el catolicismo que quisieran restaurar, los neocatólicos idealizan la figura del emperador. Están conformes con los escritores del último siglo, en negar que el rey de España haya pensado en establecer una monarquía universal. Su ideal, según ellos, no era la conquista, inseparable de la fuerza bruta, sino la paz en el seno de la cristiandad y la guerra contra los infieles. ¿Cuál era, en este concepto, el papel del Imperio? La misión que el pontificado le había asignado. El emperador está llamado á defender á la Iglesia; aún cuando sea el jefe temporal de la cristiandad, no por esto es un monarca universal á la manera de los Césares romanos; no es el señor del mundo, sino el vicario de Cristo, y tiene á su lado un vicario espiritual del Hijo de Dios, con el cual comparte la dirección de la sociedad cristiana. La unidad que tiene por órgano al Papa y al Emperador, no tiende á despojar á los pueblos de su independencia; es un vínculo semi-religioso, semi-político, que une los diversos Estados en un cuerpo que les da un mismo espíritu y una misma tendencia. Si el jefe temporal de la cristiandad fuese un príncipe que ejerciese un poder absoluto en sus dominios, habría peligro de que la dirección de la cristian-

dad se trasformase en tiranía, y por consiguiente, en monarquía universal; pero en la casa de Austria no existía este peligro; sus posesiones no tenían la unidad que da la fuerza y la tentación de abusar: era aquello una federación de pueblos que encontraban su unidad en el monarca á que estaban sometidos. Tal es también, concluye *Schlegel*, el carácter de la unidad cristiana; respeta la individualidad, pero sin absorberla (1).

El ideal que los neo-católicos suponen encarnado en Carlos V, no es otro que la idea del sacro imperio romano, tal cual se ha desarrollado en la Edad Media, bajo la influencia de la tradición romana y de los sentimientos cristianos. Puede decirse, en efecto, que la teoría de la Edad Media ha inspirado á Carlos V bastante más que la doctrina moderna de una preponderancia política. Cuando el joven rey de España fué elegido emperador, el sacro imperio romano estaba hacía largo tiempo en el estado de mito y no había tenido nunca existencia muy real. Pero los alemanes gustan de estas vagas concepciones; las fomentaban todavía en la época en que el imperio no era más que la sombra de un sueño. En el siglo xv, el emperador seguía pasando por el señor del mundo, en su calidad de jefe temporal de la cristiandad; su poder como tal se extendía sobre todos los príncipes; la España, la Francia, la Inglaterra, eran dependencias del sacro imperio. Importa poco que la realidad fuese contraria á estas soberbias pretensiones. El hecho no podía triunfar sobre el derecho, sobre un derecho tan innegable como el derecho divino del Papa (2). Los príncipes electores tomaban su dignidad en serio, y se comparaban modestamente al Senado de Roma y al pueblo rey que daban señores al mundo (3). No había entre el imperio de Alemania y la dominación de los Césares más diferencia que la de que el primero tenía un carácter de santidad de que carecía el otro (4).

(1) SCHLEGEL, *Vorlesungen über die neuere Geschichte*, XI, XIII y XIV.

(2) PETRUS DE ANDLO, *de Romano imperio*, II, 8: «*Hodie plurimi reges, plus de facto quam de jure, imperatorem in superiorem non agnoscunt et suprema jura imperii usurpant.*»

(3) ID., *ibid.*, II, 3: «*Isti principes electores successerunt in locum senatus populi que romani.*»

(4) RANKE, *Deutsche Geschichte im Zeitalter der Reformation*, t. I, p. 52-55.

Aunque puramente imaginarias, no dejaban de llenar estas ideas los espíritus, y cuando la elección de Carlos V se manifestaron en actos solemnes, con la autoridad de una antigua tradición. El arzobispo de Maguncia habló al colegio de electores, como si tuviese delante de sí al *Consejo supremo del universo*, llamado á *deliberar sobre la salvación del género humano* (1): el príncipe que iban á elegir, dijo, tendría que defender la santa Iglesia y tendría que dirigir la política de los reyes (2).

Los candidatos al Imperio no dejaron de lisonjear la vanidad del colegio electoral. ¿Quién no sabe que es costumbre de los que ambicionan funciones electivas hacer la corte á sus electores? Los embajadores de Francisco I emplearon su elocuencia francesa en describir la inquietud y la ansiedad de la cristiandad entera en vísperas de una elección que debía dar un jefe al mundo (3). Carlos V no era tan entusiasta como su rival; sin embargo, por el discurso que pronunció en la Dieta de Worms (1521) se ve que tenía una alta idea de la dignidad imperial: ¡es tan dulce llamarse el señor del mundo! El joven emperador recordó la antigua grandeza del Imperio: «casi toda la tierra había sido sometida á sus leyes, y Dios mismo parecía haber consagrado su dominación.» Confesaba que el imperio de Alemania no conservaba más que una sombra de su antiguo brillo, pero esperaba que con el poder que Dios le había dado, restablecería su gloria en su primer esplendor (4). Estas palabras de Carlos V caracterizan su política y su ambición. Tenía demasiado buen sentido, por su origen alemán, para tomar al pie de la letra las pretensiones de que se alimentaba la vanidad germánica, pero contaba con reivindicar los derechos reales inherentes á la corona imperial. No pensó jamás en tratar á los reyes de Inglaterra y de Francia como á *reyes provinciales*, como lo había

(1) Hé aquí las expresiones de que se ha servido el arzobispo: «*Cogitate omnium regum ac principum oculos in nos esse conjectos... an gravitatem tantam prestiterimus, quanta in hoc summo consilio orbis terrarum requiritur; an saluti orbis terrarum consulere voluerimus...*» (GOLDAST, *Politica imperialis*, p. 113, 124.)

(2) «*Noster imperator eligitur ut sit dux publici consilii inter omnes reges.*» (IBID.)

(3) «*Cui totius orbis habenas sitis credituri.*» (GOLDAST, *Politica imperialis*, p. 110.)

(4) RANKE, *Deutsche Geschichte*, t. I, p. 459.

hecho ya la chancillería alemana; pero el Imperio tenía derechos sobre Italia, los tenía sobre el Mediodía de la Francia, que una larga usurpación no había podido borrar: el emperador esperaba hacerlos valer.

El mismo año en que Carlos V contrajo ante la Dieta de Worms el compromiso de restablecer el imperio de Alemania en su grandeza primitiva, celebró un tratado de alianza con Leon X, que tendía á realizar sus ambiciosos designios. El preámbulo expone el objeto de la alianza: «La cristiandad está desgarrada; los reyes, indiferentes al bien comun, no buscan más que su beneficio particular; llevan el egoísmo hasta el punto de que los que no son vecinos de los turcos consideran la guerra contra los infieles como cosa que no les atañe. Esta culpable indiferencia proviene de que el vínculo entre los príncipes y los jefes de la cristiandad se ha relajado; el emperador y el papa carecen de la autoridad necesaria para reprimir la insolencia de los reyes que, pisoteando los intereses generales de la sociedad cristiana, no buscan más que la satisfacción de su ambición egoísta. Sin embargo, Dios mismo ha puesto al papa y al emperador á la cabeza de la cristiandad, y les pedirá cuenta del gobierno de las naciones que les ha confiado; á ellos, pues, toca velar por la salvación de la república cristiana.»

Hé aquí la teoría; el tratado nos manifiesta cómo pensaban Leon X y Carlos V atender á los intereses generales de la cristiandad. Desde los tiempos de Carlos VII, la Italia era codiciada por los franceses; señores de Milan y de Génova, amenazaban dominar toda la península. El papa y el emperador se coaligaron para lanzar á los franceses de Italia, pero esto era más por ponerse en lugar de aquellos que por devolver á ésta su libertad (1). Faltaba reivindicar el antiguo reino de Arlés, usurpado por los reyes de Francia; la batalla de Pavía y la cautividad de Francisco I parecían permitir al vencedor realizar sus más ambiciosos proyectos. El emperador reclamó la Borgoña, herencia de sus padres; reivindicó la Provenza y el Delfinado como dependencia del Imperio (2).

(1) DUMONT, *Cuerpo diplomático*, t. IV, P. III, p. 96-99.

(2) BUCHHOLTZ, *Geschichte Ferdinands*, t. II, p. 279.—GRANVELLE, *Papeles de Estado*, t. I, p. 218.

Si Carlos V hubiera triunfado, la casa de Austria hubiera quedado como la única gran potencia del continente, y la monarquía universal hubiese sido realizada en los límites de lo posible. Para restablecer la unidad católica de la Edad Media, era preciso todavía reprimir la herejía de Lutero; Carlos V pensó en ello desde su coronación; el tratado que celebró con Leon X estipuló que el emperador emplearía todas sus fuerzas para hacer volver al seno de la Iglesia á los que se atreviesen á atacar el poder espiritual del papa. Este fué el cuidado de toda su vida. No lo inspiraba solamente el celo religioso; comprendía que la unidad cristiana, de que ambicionaba ser el jefe, no podía existir sin la unidad religiosa; sin papa, no había emperador.

Había un gérmen de debilidad en el imperio de Alemania; el poder imperial no era más que pasajero, al paso que los electores y hasta el menor de los príncipes, tenían una autoridad hereditaria. La fuerza de las cosas debía conducir al crecimiento sucesivo del poder de los príncipes y á reducir la dignidad imperial á un vano nombre. Cuando Carlos V venció á los protestantes, pensó seriamente en hacer el Imperio hereditario en la casa de Austria; llegó á vencer la resistencia de su hermano Fernando; dióse un proyecto, según el cual la dignidad había de pertenecer alternativamente á un miembro de la rama alemana, y á un miembro de la rama española de la familia. Era un medio ingenioso de identificar los intereses de las dos fracciones de la casa de Austria. Pero Carlos V no había contado con Alemania; la creía aniquilada por la derrota de los protestantes y pronta á sufrir la dominación del vencedor, y se engañaba. El proyecto de herencia halló una resistencia universal; los alemanes no querían ya emperador español, y mucho menos perpetuar el poder imperial en una familia detestada (1). En cuanto á los protestantes, la insurrección de Mauricio de Sajonia probó á Carlos V que no pensaban ya volver al yugo de Roma. En el momento mismo en que creía el emperador haber alcanzado el objeto de sus largos esfuerzos, sus proyectos fracasaron en todos sus puntos; el sacro Imperio que había querido reconstituir se rompió por todas partes. Carlos V fué el último emperador.

(1) RANKE, *Deutsche Geschichte*, t. V, p. 119 y sig.

Voltaire coloca á Carlos V al lado, y aún por encima, de Carlo-Magno: «Éste, dice, ocupa el primer lugar en la memoria de los hombres como conquistador y fundador; el otro, con tanto poder, es un tipo mucho más difícil de sostener. Carlo-Magno no tuvo que combatir más que á los Lombardos afeminados y á los Sajones salvajes; Carlos V tuvo que temer siempre á la Francia, al imperio de los Turcos y á la mitad de la Alemania.» Nosotros creemos que la comparación, si se quiere establecerla, sería favorable al emperador de los Francos. Uno y otro se propusieron un objeto imposible, la unidad romana; pero cuando Carlo-Magno restableció el imperio de Occidente, el feudalismo naciente iba á desmembrar la Europa hasta lo infinito; se necesitaba un vínculo para detener la disolución de la sociedad. Cuando Carlos V trató de reconstituir el Imperio, la unidad de la Edad Media no tenía ya razón de ser: era querer dar la vida á lo que debía morir, á lo que ya había muerto. Carlo-Magno dió el apoyo de su brazo al pontificado; esta es su gran gloria, porque aseguró el porvenir del cristianismo; hé aquí por qué la humanidad le saluda, aún hoy, como un héroe civilizador. Carlos V fué también el defensor de la Santa Sede; pero en el siglo XVI los destinos del cristianismo no estaban ligados á los del pontificado; por el contrario, el verdadero espíritu cristiano estaba en el campo de la Reforma. Al decidirse en pró de la Iglesia y contra los protestantes, hubiera querido el emperador llevar la humanidad á la Edad Media; estas tentativas retrógradas fracasan siempre, y la Historia niega el título de grandes á los que abusan de su poder para detener la marcha progresiva de los pueblos por el camino de la verdad. El sistema político de Carlos V no tenía más valor que sus ideas religiosas. Era un regreso á lo pasado, en cuanto trataba de restaurar el sacro imperio romano; pero como la restauración del pasado no es posible jamás, los proyectos de Carlos V, si hubiesen triunfado, hubieran conducido á fundar una especie de monarquía universal. Supongamos que la Francia hubiese sucumbido: ¿quién hubiera podido resistir á un emperador hereditario de la Alemania, señor de la Italia, de los Países Bajos y de la España? La monarquía de Carlos V hubiera detenido el nacimiento de las naciones, como hubiera comprimido el movimiento del libre pensamiento. † Bendigamos á Dios por ha-

berse servido del interés de los príncipes para combatir una ambición que en todo y por todo era un obstáculo para los progresos de la humanidad!

### • § II.—Oposición de las naciones.

Los historiadores políticos atribuyen el establecimiento del equilibrio europeo al reinado de Carlos V. «Antes de él, dice Robertson, los Estados de la Europa estaban desunidos y aislados; después del advenimiento de Carlos V se unen por lazos tan íntimos, que forman como una gran república, y velan con tanto celo por su independencia, que se han conservado poco más ó menos tal y como existían en el siglo XVI, á pesar de las largas guerras que han agitado incesantemente á la Europa» (1). Es mucho decir que hubiera sistema en las luchas que señalaron la época de Carlos V. Es verdad que las ideas de balanza empezaban á germinar; los Italianos habían practicado ya en el siglo XV el sistema muy natural que impide la concentración de un poder demasiado grande en manos de un solo Estado. Cuando al principio de la era moderna invadieron los Francos la Italia, los pequeños principados que se habían formado en ella buscaron su salvación en las ligas contra la ambición gala. El advenimiento de Carlos V dió otra dirección á sus temores; establecido en Milan y en Nápoles, el poderoso emperador encerraba á la Península y amenazaba ahogarla en sus brazos. Se comprende, pues, perfectamente, como dice un embajador francés, que los príncipes italianos hayan visto en la Francia «el principal y aún quizás el único obstáculo que pueda detener al emperador en el violento curso de su ambición» (2). Por tanto, estaban interesados en que la Francia se conservase en todo su vigor, como garantía de su seguridad contra el poder de Carlos V. Esta es ya la

(1) ROBERTSON, *Historia de Carlos V*, lib. XII.

(2) Carta del embajador francés en Venecia, de 1549 (CHARRIERE, *Negociaciones de la Francia con el Levante*, t. II, p. 99).